

medio de los artificios, fueron tratados según las leyes eclesiásticas. En Lombardia y Toscana fueron condenados, absueltos en Rávena, en Bolonia y en Castilla; Carlos de Nápoles hizo condenar á muerte á los Provenzales, aplicando sus tierras á los Hospitalarios; los de Aragón se defendieron en los castillos, y aunque vencidos, no fueron tratados con rigor, sino agregados á las otras órdenes; en Inglaterra los jefes obstinados fueron encerrados en monasterios; en Portugal sobrevivieron en otras órdenes, siendo despues la principal ayuda para el descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza, y llevando luego la bandera de los caballeros de Cristo para hacer la guerra en otra parte del mundo á los musulmanes.

Quedaban en las cárceles de Felipe el gran maestre y tres caballeros, y habiendo confesado (por la astucia ó la fuerza) las culpas de la órden, fueron tres comisionados del papa á comunicarles la condena de prision perpétua. Pero Molay y uno de los caballeros protestaron delante de ellos de la inocencia de la órden; por lo cual Felipe, sin oír á los jueces, condenó al fuego á los dos relapsos, que lo sufrieron con valor hasta el fin; los otros dos continuaron en su encierro.

Aquel infame é inútil asesinato acabó de esparcir la duda sobre la culpabilidad de la órden (1), porque los hombres tienen la justa pro-

(1) Los primeros documentos de este proceso fueron publicados en 1630 por Pedro Du Puy, con el fin de disculpar á Felipe el Hermoso. « Los grandes príncipes tienen no sé qué desgracia que acompaña á sus mas bellas y gloriosas acciones, trocadas con frecuencia y tomadas en mal sentido por aquellos que ignoran el origen de las cosas y que están interesados en los partidos: poderosos enemigos que ven motivos y fines viciosos allí donde el celo por la virtud escoge ordinariamente lo mejor. » Además el doctor Moldenhawer imprimió en 1791 los actos íntegros de la comision pontificia, traducidos en alemán; luego el doctor dinamarqués Münster, teólogo protestante como el anterior, publicó los estatutos de la órden en 1794. M. Raynouard sacó de aquí argumento para una tragedia que hizo gran ruido en Francia y en 1813 publicó los monumentos históricos de la órden. Hammer quiso demostrar que en sus ritos había ciertas semejanzas con los gnósticos.

Se pretende que los Templarios han continuado como sociedad secreta. En la *Histoire des sectes religieuses* del obispo Gregorio (Paris, 1828, 2ª edición), se habla de los Templarios del día, y en 707, es decir, en 1825, el caballero Guyot, impresor de la Milicia del Temple, publicó el *Manuel des chevaliers de l'ordre du Temple*, obra rarísima por su naturaleza. En ella se declara que nada tienen que ver con los francmasones, aunque estos pretenden tener su origen en el temple: que la órden no podía ser suprimida por la bula del papa, y que Jacobo de Molay nombró su sucesor. Los caballeros que salieron de Francia hicieron prosélitos en Escocia, en Portugal y en Oriente, formándose á su ejemplo los francmasones, particularmente desde que en Escocia fué violado el secreto por algunos apóstatas, á petición de Roberto Bruce. Desde Molay cuentan la serie de gran maestros hasta Bernardo-Raimundo Fabrè-Palapat, electo en 1804. Paris es la capital de la órden; tiene estatutos firmados en 1706 por el gran maestre Felipe, duque de Orleans; usan el año lunar, que principia en la Pascua, y firman con su propia sangre el voto, que es sextuplo, á saber, obediencia, pobreza, castidad, fraternidad, hospitalidad, servicio militar. Para ser recibido, es preciso probar cuatro grados de nobleza, que tambien pueden ser conferidos por el gran maestre. Todos están obligados durante su vida, si pueden, á visitar la Tierra Santa y la plaza del Martirio, entre el Puente Nuevo y la ciudad, donde fueron quemados los Templarios.

pension de creer injustos los procedimientos secretos.

Despues, cuando estas causas se dieron á luz, apareció su iniquidad y la vanidad de las imputaciones, que por lo demas podian convenir á alguno de sus individuos, no á la órden entera. Eran leguleyos capciosos que interrogaban á caballeros ignorantes, acostumbrados á responder solo con la espada: verdad es que muchas declaraciones y de las mas asquerosas fueron hechas en Inglaterra, donde no se usaba la tortura; pero ¿quién no sabe cuántos medios tiene un juez de perder á una víctima ya prejuzgada? y en este arte refinadísimo debian de estar muy ejercitados los abogados de Felipe el Hermoso, por haber seguido tantos procesos contra los leprosos y Judíos, acusados de envenenar los pozos y difundir la peste, y otros muchos contra brujas y encantadoras.

Referirémos uno de estos últimos procesos.

Quando Felipe el Hermoso estaba en disension con el papa, Guiscardo, obispo de Tróyes, se mantuvo fiel á este último, presentándose en Roma en el concilio que se convocó. Esto bastó para que incurriese en la ira del rey, que le hizo formar causa por impiedad y magia, siendo acusador y juez el Florentino Noffi Dei, que había imputado á los Templarios delitos de que había participado mientras estuvo con ellos (1). Blanca, suegra del rey, condesa de Champaña y reina de Navarra, le acusó tambien de sedicion; pero Juan de Cáles, testigo que había depuesto en contra suya, al tiempo de morir confesó que había declarado en falso á instigacion de Noffi. Despues, cuando murieron Blanca de Navarra y su hija Juana, fué acusado de haberlas envenenado en union con una bruja, con la cual había hecho un encanto, habiéndoles dicho el diablo que hicieran una imágen de cera semejante á la reina, que la bautizasen poniéndola el mismo nombre, y por último que la aproximasen al fuego, y la atravesasen con un alfiler las partes nobles; la reina principiaria á sentirse mala y moriría tan pronto como se fundiese la cera. Un ermitaño, con quien se habían puesto de acuerdo para estas operaciones, declaró que había visto hacer la imágen y todo lo demas, y que sabiendo que había un célebre médico que curaba todos los males, rompieron la efigie y la arrojaron al fuego, y entónces fué cuando murió la reina.

Poco despues (sigue la declaracion) el obispo volvió con su compañera trayendo animales venenosos de todas clases, de los cuales sacaron un veneno que iban á emplear contra el rey de Navarra que no había hecho nunca nada bueno, y le experimentaron en el caballero Juan Romisant que murió. Tal fué la declaracion del ermitaño: la maga confesó despues que el obispo la había preguntado cómo conseguiría el amor de la reina, y que ella aunque sabía dos medios

(1) *Mém. sur le procès de Guichard, etc.*, par BOISSY D'ANGLAS. (Mem. del Inst. tom. VI.)

para obtenerle, no le quiso decir ninguno; entónces él evocó al diablo y le habló en secreto, sin que ella pudiese oír la respuesta. Declaró tambien que era cierto lo de la estatua, y confesó que era mujer pública pagada *ad tres denarios*. Otros testigos confirmaron estas declaraciones; se supo que el obispo no era hijo de su padre, sino de un incubo, llamado Peto; mas de sesenta personas afirmaron que era mago, adúltero, incestuoso, envenenador, simoníaco y monedero falso; cuatro de ellas le habían visto evocar al diablo, é imponerle preceptos, y muchos dijeron que había envenenado á la reina.

Guiscardo negó al principio: puesto en presencia de algunos testigos vaciló, pidió un abogado y le fué concedido; pero este presentó algunas razones en defensa suya, de pura forma, sin tocar en nada al fondo de la cuestion, de modo que Guiscardo se vió reducido casi solamente á la defensa personal. Despues de haber negado por algun tiempo, confesó haber absuelto á un hereje por dinero, haber sido monedero falso; que la casa de su padre estaba llena de incubos; pero que de aquí no podía deducirse nada contra la legitimidad de su nacimiento. Se prorogó el proceso hasta el 6 de octubre de 1308, en que despues de celebrar un consistorio el clero y el pueblo de Paris en el jardín del rey, el obispo fué puesto en prision, y así estuvo hasta que en 1313 Noffi, moribundo, confesó que Guiscardo era inocente (1).

Al ver tales ejemplos, ¿quién cree en las acusaciones dirigidas contra Bonifacio y los Templarios? Dícese que Molay al tiempo de morir emplazó para dentro de un año al papá y al rey ante el tribunal de Dios. Y efectivamente, ante él comparecieron; pero antes se repartieron entre sí doscientos mil florines de oro de los bienes muebles de los Templarios; el rey fijó su residencia en el templo, que despues había de ser prision de un descendiente suyo, y los bienes inmuebles fueron asignados á los Hospitalarios para que armasen cien galeras contra los Turcos. Pero los abogados del rey presentaron tantos gastos en el proceso y tantos débitos que pagar, que los Hospitalarios quedaron mas pobres que estaban.

En las órdenes militares religiosas se confundía lo espiritual con lo temporal, cuya distincion es el carácter de la constitucion católica de

(1) La manía de los procesos llegó á tal punto que se formaron hasta contra los animales. En 1266 los oficiales de justicia de los monjes de Santa Genoveva en Paris quemaron un puerco que se había comido un niño, aunque tenia otro alimento. En 1394 el baile de Mortagne hizo quemar, por el mismo delito, á una marrana vestida de hombre; el de Guisors envió á la horca á un buey por haber matado á un jóvea de quince años; pero no sin haberle concedido ántes un abogado. En 1446 el parlamento de Paris sentenció á una marrana acusada de pecado mortal con un hombre; en Basilea en 1474 fué condenado como mago un gallo por haber puesto un huevo. En 1314 Luis X reprendió al procurador de Moiry, que para escarmiento había hecho ahorcar á un toro que había matado á un caminante; pero hasta en 1546 el parlamento de Paris envió á la horca á un hombre y á una vaca acusados de bestialidad, y el de Montpellier en 1565 una mula por el mismo delito.

la edad média, y sin embargo, repugnaban muy fácilmente á la Iglesia por sus costumbres y al Estado por su arrogancia. La órden de los Templarios había concluido su mision, y había dejado los intereses de la Iglesia para buscar su propia comodidad. Culpa fué, pero no punible por Felipe. Nosotros concluirémos diciendo con un cronista contemporáneo que se deseaban ávidamente las riquezas de los Templarios, y que no se podía coger la miel sin quemar las abejas. El horror que inspira aun este hecho, entre tantos otros mas atroces ó sangrientos, demuestra que parece á los hombres la iniquidad mas execrable cuando se cubre de formas legales (1).

Era Felipe el príncipe mas hermoso de su tiempo, lo mismo que sus tres hijos que reinaron despues con los nombres de Luis X, Felipe V y Carlos IV: sin embargo, todos tuvieron mujeres infieles. Juana de Navarra, mujer de Felipe el Hermoso, según se dice, llamaba con su amor á los estudiantes mas robustos, y despues los arrojaba desde la torre de Nesde; las demas, convencidas de adulterio, fueron rapadas, aprisionadas, vituperadas y muertas, y sus amantes desollados, castrados, colgados por los sobacos, y los cómplices castigados con horribles suplicios. ¿Eran culpas verdaderas las que así se castigaban, ó eran tambien obra de los abogados que las procesaban? La verdad es que Felipe V, que al separarse de su mujer hubiera debido restituírle el Franco Condado que había llevado en dote, hizo que esta fuese declarada inocente; la verdad es tambien que las culpas reales ó supuestas de las demas acibararon los últimos dias de Felipe el Hermoso, que murió á los veintinueve años de reinado.

1314.  
29 noviembre.

## CAPÍTULO VII

Casa de Valois. — Guerras de Francia con Inglaterra.

Los elementos de que se componia el reino, y que Felipe había sabido tener refrenados ó en equilibrio, volvieron á desordenarse en el reinado de Luis X, llamado el Pendenciero (*le Hutin*) por los caprichos que tuvo en su niñez; pero que despues se hizo débil, benévolo y jovial. Los feudatarios, las comunidades y las provincias querian hacerse independientes; los seño-

Luis X.

(1) F. PIPINO, *Chron.* c. 49. San Antonino, arzobispo de Florencia (p. 3, tit. XXI, núm. 1, cap. 1), dice que las culpas de los Templarios habían sido inventadas por la avaricia para despojarlos. Los abogados contemporáneos están de acuerdo en proclamar su supresion como una iniquidad. Alberico de Rosate en el *Dict. juris*, en la voz Templario, dice: « Erat magnus ordo in Ecclesia... Sicut audivi ab uno, qui fuit » examinator cause et testium, destructum fuit contra justitiam, et mihi dixit quod ipse Clemens protulit hoc: Et si non per viam justitiæ potest destrui, destruat tamen per viam expediendiæ, ne scandalizetur charus filius noster rex » Francia. » Es curioso confrontar la abolicion de los Templarios con la de los Jesuitas. En el breve que se refiere á esta, Clemente XIV citó la supresion de los Templarios como sugerida solo por motivos de prudencia, diciendo que así era como él debía obrar entónces.



res ambicionaban las franquicias de la espada, la libertad del cuchillo, la justicia que por vía de impuesto (*épices*) daba, al juez noble el tercio del objeto que se litigaba, y para desaprobar el sistema del predecesor, se hacían la guerra los favoritos de este. Marigny, intendente de rentas, acusado de sortilegio, se ahorcó para no ser ahorcado como había sido su familia; el pueblo tenía el triste consuelo de ver en las horcas los instrumentos del rey anterior; pero para ver alzarse otros nuevos, y especialmente Carlos de Valois, que en verdad puede decirse que reinó mas positivamente en Francia que no en los muchos reinos cuyos títulos llevó. Luis, para hacer dinero, dejó entrar en Francia á los Judíos; despues proclamó libres á todos los siervos que pudiesen pagar la emancipacion; beneficio inmenso originado por la avaricia, y tan mal comprendido que había que obligar á algunos á comprarlo por la fuerza (1).

Habiendo muerto Luis sin dejar ningun hijo varon, pretendieron la corona Felipe V el Largo y una hija; pero siendo aquella la primera vez que sucedía al rey un colateral en la casa de Hugo Capeto, fué puesto el derecho á discusion, y los jurisconsultos alegaron la ley germánica que excluía á las mujeres de la posesion de tierra sálica. La razon era un absurdo, pues que aquella se refería á la propiedad, no á la política, y ademas había caído ya en desuso; pero ciertamente no previeron entónces los hombres de Estado cuán ventajosa sería con el tiempo esta ley á la Francia, pues hubiera evitado aquellas guerras dinásticas, oprobio de los últimos cuatro siglos, que llevaron á los Franceses, á los Españoles y á los Alemanes á Italia, hicieron á la España, es decir, á la mitad del mundo, herencia de un príncipe flamenco, sobrino del heredero de Borgoña, é hijo de la heredera de Castilla, y ocasionaron las guerras de sucesion en España, en Austria y en otros países de ménos importancia. Nada de esto se imaginó entónces; pero Felipe invocó en ventaja propia la ley sálica halagando á las ciudades y á las universidades. Para procurarse dinero, introdujo el impuesto sobre la sal; decretó y no pudo llevar á cabo la uniformidad de pesas y medidas, y dió varias leyes acerca del tesoro, del parlamento y de la paz interior.

Al poco tiempo murió sin dejar hijos lo mismo que su sucesor y hermano Carlos IV, en el cual concluye la descendencia directa de los Capetos. Felipe de Valois, hijo de aquel Carlos que fué rey en todas partes y en ninguna, era el sucesor designado; pero Eduardo III de Inglaterra, hijo de Isabel, hermana del último rey, pretendió el poder; volvió á citarse la ley sálica, y es muy notable que los defensores del Inglés no impugnaron el significado literal de aquella ley sino solamente su espíritu, como si excluyese á las mujeres como débiles para tan

(1) Véase el tomo III, pág. 809.

noble feudo, y no á sus hijos. La corte de los pares y barones se decidió por Felipe, y dieron principio al gran drama de la guerra inglesa.

Los reyes de Inglaterra se veían colocados entre intereses muy contradictorios por ser al mismo tiempo duques de Normandía. Debieron haberse extendido por toda la isla subyugando y fundiendo los pueblos contumaces; pero no supieron resolverse á abandonar las posesiones de tierra firme, que al mismo tiempo que hacían que fuesen mirados en la isla como extranjeros, los reducían á la condicion de feudatarios del rey de Francia. Á este le estaba indicado el extender su dominio hasta los límites naturales, y por tanto el desposeer á aquellos vasallos preponderantes, á los cuales quitó en efecto la Bretaña, Poitou, el Anjou, la Turenna, el Maine, y hasta la imaginaria Normandía. No quedaba á los Ingleses mas que la Guiena, en torno de la cual se agrupaban estos para defenderla, y los Franceses para quitársela. Ya Felipe el Hermoso, mientras Eduardo I estaba ocupado en las renacientes rebeliones de Escocia, había invadido la Guiena, pero se había visto obligado á restituirla, y aunque casó á aquel con una sobrina suya, y á su hija Isabel con Eduardo II, estas bodas fueron la chispa que prendió el fuego.

Á aquel Eduardo I que es mirado como el fundador de la libertad inglesa, sucedió en el trono su hijo Eduardo II. En la flor de su edad, pero sin tener vigor mas que en la obstinacion, preguntó al papa si podria unirse con un aceite admirable que diese valor, y se dejaba conducir por jóvenes sodomitas y por favoritos (1). Tal era el Gascon Pedro Gaveston, á quien hizo conde de Cornwall, y colmó de riqueza y poder; cuando fué á casarse con la bellísima Isabel de Francia, le dejó encargado del reino, y á su vuelta le dió todas las regalos que le había hecho su suegro. La reina se indispuso con él lo mismo que todos los señores ingleses, los cuales, acuchillados por Tomas de Lancáster, pidiendo que fuese separado el insolente Gaston, murmurando del cual ponían en evidencia los defectos del gobierno. El rey juró acceder á sus deseos, y despues se hizo absolver por el papa del juramento, y le volvió á llamar.

(1) Véase el juramento que prestó en su coronacion: « Señor, ¿queréis conceder, observar y asegurar con vuestro juramento al pueblo de Inglaterra las leyes y costumbres que respetaron los antiguos reyes de Inglaterra, vuestros predecesores, justos y devotos de Dios, y especialmente las leyes, costumbres y libertades concedidas al clero y al pueblo por el glorioso San Eduardo, antecesor vuestro? — Las concedo y prometo mantenerlas.

» Señor, ¿queréis defender á Dios, á la santa Iglesia, al clero y al pueblo, y la paz y armonía en Dios, en lo que podáis? — Lo defenderé.

» Señor, ¿queréis procurar que en todos vuestros juicios se observe igual y recta justicia y discrecion, en misericordia y caridad segun vuestro poder? — Procuraré que se observe.

» Señor, ¿consentís que las leyes y justas costumbres que haya elegido el Común de vuestro reino sean mantenidas y observadas, y las defenderéis y consolidaréis en honor de Dios, segun vuestro poder? — Lo consiento y prometo. » RYMER, III, 63.

Armáronse aquellos de nuevo y obligaron al rey á dejar reformar su casa por siete prelados, ocho condes y seis barones *ordenadores*, los cuales dieron sabios reglamentos y mandaron que los altos empleos de la magistratura, de hacienda y de guerra fuesen conferidos por estos barones en parlamento, que se reuniesen una vez al mes y participasen con el rey del derecho de paz y de guerra.

Véase ya el reino dominado por la aristocracia; pero el rey la obolió y volvió á llamar al favorito. Reúnense los confederados y matan á Gaveston por traidor á la patria. Armóse Eduardo, y consiguió bastante, haciendo que por mediacion del legado pontificio le presentasen excusas que él aceptó. Pronto Lancáster quiso renovar la ordenanza de 1311; pero el rey, aconsejado por Hugo Spéncer, nuevo favorito, atacó á Lancáster, y haciéndole prisionero le condenó á muerte con muchos de sus cómplices. Spéncer adquirió los bienes de este, y tanta autoridad como ódio; por tanto Isabel se puso á la cabeza de una faccion enemiga del favorito, pasó al continente, tomó á sueldo en Flándes tres mil hombres, volvió á la isla, y proclamando que queria librar al rey de los favoritos, se dirigió hácia Lóndres. Los allegados de Spéncer fueron maltrados, y muertos horriblemente, y el juez dijo al rey: « Yo Guillermo Trussel, procurador » del parlamento y de la nacion inglesa, os declaro » claro en su nombre y autoridad, que revoco » y retiro el homenaje que os presté, y desde » este momento os privo de la autoridad real, » y protesto que no os obedeceré mas como á » mi rey. » El gran mariscal rompió el baston, y dispensó á los oficiales del servicio.

Eduardo fué encarcelado; pero si en el trono había sido despreciado por su lascivia y villanía, causó compasion cuando fué maltratado por su mujer, que estaba en ilícitas relaciones con Mortimer, y que proviniendo los efectos de la benevolencia que renacia para con el rey, le hizo atravesar los intestinos con un hierro hecho ascua, reinando despues tres años con su amante. Eduardo III, que había sido proclamado sucesor, tenía diez y ocho años, y pensó sacudir este yugo vergonzoso y vengar á su padre, y poniéndose de acuerdo con los descontentos, prendió á Mortimer, que fué acusado ante el parlamento y arrastrado por caballos á pesar de las impudentes súplicas de la reina, la cual sus trayéndose á un juicio por la interposicion del papa Juan XXII, fué encerrada en el castillo de Risings, donde sobrevivió veinte y siete años.

Eduardo III manifestó suma repugnancia á prestar homenaje á Felipe VI de Valois por la Guiena y los condados de Ponthieu y Montreuil; pero despues se presentó completamente armado con corona y con extraordinaria magnificencia, cuando el ceremonial exigía que prestase el juramento sin corona, ni guantes, ni espada, ni espuelas: á duras penas consiguió quitarse estas y dejar la espada; lo que le pareció tal

humillacion, que desde entónces guardó un rencor mortal á Felipe.

¿Quién no hubiera dicho que la Inglaterra estaba tan humillada como poderosa la Francia? Príncipes y reyes hacían la corte á Felipe; de todas partes acudía gente á Paris, *la mansion mas caballeresca del mundo*, y hubo vez que rompieron lanza cuatro reyes delante del palacio de Vincennes. Pero los dos reinos de Francia y de Inglaterra, semejantes en su origen, habían llegado á ser muy diferentes en su acrecentamiento. Los Normandos, conquistadores atrevidos, dominaban por su inteligencia á los Anglo-Sajones conquistados; pero no así los Francos á los Galos. La aristocracia normanda, que tenía toda un mismo origen, sentía las mismas necesidades, pedía los mismos privilegios, y los obtuvo con la Carta Magna; la francesa por el contrario, compuesta de diversas razas, movida por desiguales intereses, estaba dividida, hacía pactos diferentes, y se satisfacía con dinero. En Inglaterra los obispos entraban en la baronia é hicieron causa comun con ella; mientras que en Francia se opusieron á ella declarándose en favor de los Comunes. La aristocracia inglesa, moderándose en las batallas, ponía delante á los villanos; la otra, llena de ardor, se dejó matar en las batallas de Bovines, de Crecy, de Azincourt: esta fué contrariada por la sublevacion de los mercaderes; aquella tomó parte en el tráfico é hizo del banco un nuevo trono. Así la Francia llegó á ser una monarquía tan absoluta, que necesitó el terrible remedio de una revolucion; en Inglaterra los nobles y los Comunes contrabalancearon siempre el poder del rey, á quien impedía así abusar de su autoridad.

En los tiempos de que vamos hablando, Inglaterra se fortalecía con un nuevo elemento, el comercio. Los traficantes italianos, al llevar al Septentrion las mercancías de Oriente, atravesaban la Francia; pero cuando Felipe el Hermoso persiguió á los Lombardos, se encontró sin dinero y falsificó las monedas, subió los impuestos, y aquellos prefirieron el camino de Flándes ó de Alemania ó el Océano. Entónces se vieron en relaciones directas con Inglaterra, cuyos reyes, conociendo cuánto les importaba favorecer á los negociantes extranjeros, les concedieron un juez en Lóndres que administrase justicia sumaria, y el privilegio de que en sus causas el jurado se compusiese por mitad de Ingleses y de compatriotas de los acusados.

La isla, que no estaba adiestrada aun en las manufacturas, enviaba sus lanas á Flándes, con la cual se hallaba íntimamente unida por esta razon. Cuando los Flamencos se sublevaron contra su conde Luis de Dampierre, y Felipe VI acudió en socorro de este, aquellos mercaderes, supliendo la falta de táctica con sus pesadas armaduras y con las astucia, cayeron sobre el campo del rey con ánimo de apoderarse de este, y estaban en su tienda, cuando se dió la voz de alarma y murieron diez y seis mil de ellos, quedando sometida la Flándes. Dampierre envió al

Inglaterra.

1399.

Eduardo II.

1308.

Eduardo III.

Comercio inglés.

1323.



cadalso mas de quinientos revoltosos, y para auxiliar á la Francia, hizo arrestar á todos los Ingleses que pudo hallar en las ciudades flamencas. Eduardo III en represalias persiguió á los Flamencos en Inglaterra, y arruinó el comercio que era su existencia, prohibiendo la exportacion de lana. Pobres y sin trabajo, muchos operarios flamencos llevaron su industriosa paciencia á Inglaterra, donde Eduardo los alentaba con halagos, mientras que Luis irritaba cada vez mas los ánimos dando la preferencia á los Franceses, hasta que Jacobo de Arteveld, rico ciudadano, matriculado entre los cervecedores, poniéndose á la cabeza de los obreros, se hizo tirano y manifestó la necesidad de aliarse con Inglaterra, sin la cual no podrian tejer los Flamencos. Si aun quedaba algun escrúpulo que impidiera levantarse contra el soberano, le hizo desaparecer Eduardo volviendo á manifestar sus pretensiones á la corona de Francia, y haciendo que el emperador de Alemania desconfiase de Felipe y declarase que perdía la proteccion del imperio.

1337.

II rey cervecero.

Principio de la guerra de Ciento años.

Entonces Eduardo principia á obrar como los reyes de nuestros dias; manda que todos los ciudadanos desde la edad de diez y seis años hasta la de sesenta se armen para defender las costas; pone señales á lo largo de estas, toma á sueldo Galeses y les da uniforme; se procura artillería, y en fin, aumenta los derechos reales con el consentimiento del pueblo y de sus traficantes. De esta manera se presenta en el continente, y derramando oro y plata como si le *lloviese de las nubes*, adquiere partidarios; despues en la plaza de Herk, mercado del pan y de la carne, cubierto entonces de tapices como el alcázar, puesto sobre un tajo de carnicero cubierto de seda con la corona de oró en la cabeza, recibió el homenaje como vicario imperial (1). Sitió primero á Cambray, pero le contrariaron la lentitud de los Alemanes, las consideraciones feudales y las conveniencias astrológicas. Despues en Ecluse emprendió con la escuadra francesa y genovesa la batalla mas formidable que hacia muchos siglos se habia visto en el mar, en que perecieron treinta mil Franceses, quedando disputado por muchísimo tiempo á los Ingleses el paso al continente. Eduardo sitió despues á Tournay, cuna de la monarquía francesa, y desafió personalmente á Felipe, que rehusó admitir el duelo, acusándole de traidor.

1339.

Batalla de Ecluse, 1340. 21 de mayo.

Gobierno de Bretaña.

La Bretaña armórica habia permanecido hasta entonces apartada de las vicisitudes del mundo, conservando sus antiguas costumbres; los castillos se hallaban constituidos al estilo feudal, pero sin que el villano estuviese en la dócil servidumbre germánica; gente pobre y tosca que ofreció despues á la Francia tantos hombres valerosos, y los tres célebres generales Duguesclin, Clisson y Richemond. El duque Juan III el Bueno, habiendo dejado el poder á una sobrina

1342-44.

(1) Froissart refiere estos hechos con una prolijidad que agrada para sus particularidades.

suya, dió ocasion á que saliera tambien á luz la ley sálica, y los Bretones, temiendo que fuese á gobernarlos un duque extranjero, es decir, frances, se decidieron por Juan de Montfort, hermano del difunto duque, el cual, para sostenerse, prestó homenaje al rey de Inglaterra (1). Pero el rey de Francia le atacó é hizo prisionero. Su mujer la Flamenca Juana le substituyó diciendo: *Solo hay un hombre de ménos*, y combatió por tierra y por mar, auxiliada por los Ingleses, que miraban aquel país como una escala magnífica para Francia.

Finalmente, Juana de Valois, hermana de Felipe VI, desde su convento ajustó una tregua. En virtud de lo que en esta se estipuló, debia ser puesto en libertad Montfort, que habia sido hecho prisionero; pero Felipe no lo hizo, sino que por el contrario hizo dar muerte al valiente Breton Oliverio Clisson, porque hablaba bien de los Ingleses, y acusó y amenazó á otros; despues redujo las monedas á un quinto de su valor, é impuso una contribucion sobre la sal. Todo esto hizo decir á Eduardo: *Felipe reina verdaderamente por la ley sálica*; Felipe respondió llamándole mercader de lana, y volvieron á tomar las armas. Pero en esto murió Montfort; Arteveld, favoreciendo á los grandes fabricantes con daño de los pequeños, irritó á estos, que rebelándose le dieron muerte detras de sus barriles

1345.

1345.

(1) La guerra de Bretaña es de las mas novelescas; el que la lea en Froissart se admirará de tantas empresas heroicas, costumbres, caracteres y acciones tan singulares. « El adversario de Montfort (dice Michelet, *Histoire de France*, lib. V, c. 1) era Carlos de Blois, un santo, el segundo de la casa de Francia. Se confesaba por mañana y tarde: oia cuatro ó cinco misas al dia; no viajaba nunca sin un capellan que llevase pan, vino, agua y lumbre para decir misa en el camino; si pasaba un sacerdote se bajaba del caballo; fué muchas veces en peregrinacion á pié y descalzo, andando por la nieve, á San Ives, patron de Bretaña; ponía chinias en los zapatos; no queria que se quitasen los insectos de su cilicio; se apretaba con tres cuerdas llenas de nudos, de modo que entraban en la carne y causaban lástima; cuando oraba se daba tan fuertes golpes de pecho, que se ponía livido. Un dia se detuvo á dos pasos del enemigo para oír misa. En el sitio de Quimper, corrian peligro sus soldados de ser arrebatados por la marea, y él dijo: *Si Dios quiere, la marea no nos hara nada*. Por fin, tomó la ciudad y fueron degollados muchísimos. Carlos así que entró corrió á la catedral á dar gracias á Dios, y despues mandó cesar la matanza.

» No tenia compasion ni de sí mismo ni de los demas; creíase obligado á castigar á sus adversarios como rebeldes. Cuando principió la guerra sitiando á Montfort en Nantes (1342), arrojó en la ciudad las cabezas de treinta caballeros. Montfort se rindió y fué enviado al rey, y este, faltando á la capitulacion, le encerró en la torre del Louvre.

» La condesa de Montfort (dice Froissart), que tenia el valor de un hombre y el corazon de leon, y estaba en Rennes cuando supo que habia sido preso su hermano, sintió el dolor y rabia consiguientes, y que cualquiera puede figurarse, porque pensaba que le quitarían la vida y no se contentarian con aprisionarle; pero aunque tenia el corazon henchido de dolor, no se portó como una mujer de pocos ánimos sino como un hombre acalorado y fiero, fortaleciendo á sus amigos y soldados y enseñándoles un hijo pequeño que se llamaba Juan como su padre, les decia: « ¡Ah! señores, no os desaniméis, ni os entristezcáis » por monseñor á quien hemos perdido; era un hombre solo; » ved este pequeño mio, que si Dios quiere será su vengador » y os hará grandes bienes. » Sitiada despues en Hennebon por Carlos de Blois, quemó en una salida las tiendas de los Franceses, y no pudiendo volver á entrar en la ciudad, se fué al castillo de Auray; pero pronto reunió quinientos hombres de armas, acometió de nuevo el campo de los Franceses y volvió á Hennebon con grande alegría á son de trompetas y timbales. »

de cerveza, y así Eduardo vió perdidas la Flándes y la Bretaña.

Aunque los Normandos hacia un siglo que estaban separados de Inglaterra, siempre eran considerados por el rey de esta nacion como dependientes suyos, ni ellos tampoco habian olvidado que habian conquistado una vez la isla. Ahora, pues, meditaron nada ménos que renovar la invasion de Guillermo el Bastardo, é hicieron esta proposicion á Felipe, pidiendo que pusiese á su hijo al frente de la empresa; ellos debian pagar los gastos, y ya habian designado los dominios que cada uno obtendria, arrebatándoselos á los barones ingleses. No se sabe por qué se desgració esta empresa, pero el rey de Inglaterra la hizo publicar por todas partes; la nobleza inglesa se irritó; el odio contra los nuevos Normandos reconcilió á los antiguos con los Sajones: se desterró la lengua francesa de los actos públicos en beneficio de la unidad nacional, y pidiendo todos á grandes voces la guerra, Eduardo dió principio á ella.

1346.

Los Ingleses hallaban á la Francia inerme desde que la buena administracion real habia hecho desaparecer las guerras privadas, y este país tan culto fué destruido por las hordas mercenarias galesas é irlandesas; Caen, Saint-Lo, Louviers, acallaron con paños y con dinero el furor de los saqueadores. Pero adelantándose, Eduardo fué rodeado de un gruesísimo ejército frances, de modo que se hubiera visto perdido si alguno no le hubiese enseñado un vado del Somma. Felipe le volvió á encontrar en Crecy. Los arqueros genoveses colocados en la primera fila no pudieron hacer nada porque tenian los arcos humedecidos; los Franceses se precipitaron con gran pasion de rabia y sin disciplina; los Ingleses por el contrario, mantuvieron una buena posicion, y usando por primera vez la artillería en campaña, desbarataron la caballería enemiga. Los señores franceses se portaron como héroes; pero si caian, les impedia levantarse el peso de las armas, y eran muertos por los puñales de los soldados de Gales y de Cornualles. Once príncipes, ochenta abanderados, mil doscientos caballeros y treinta mil soldados quedaron tendidos en el campo. Al principio del combate dijeron al rey de Inglaterra que su hijo Eduardo, de edad de trece años, estaba en gran peligro y que corriese á salvarle; pero él respondió, que mientras estuviese vivo su hijo, no viniesen á pedirle auxilio para él; que su hijo debia ganarse las espuelas. Y efectivamente, desde aquel dia se hizo temible á los Franceses bajo el nombre de el *Príncipe Negro*.

Batalla de Crecy, 28 de agosto.

A esta batalla que fué el triunfo de la infantería sobre la caballería, de la táctica nueva sobre la antigua, de los mercenarios sobre los ejércitos feudales, siguió la toma de las ciudades marítimas. Calais, nido de corsarios, fué asaltada despues de una resistencia obstinadísima, y poblada por Ingleses, que poseyeron por espacio de doscientos años esta llave de Francia.

1347.

T. IV.

Aunque se suspendieron las hostilidades por una tregua, todo era desanimacion, aumentada por el terrible azote que devastó la Europa con el nombre de peste negra. Se desarrolló esta epidemia en Egipto y en la Siria con tal fuerza, que en el Cáiro perecian de diez á quince mil personas al dia: Gaza perdió veintidos mil habitantes en seis semanas, y casi todos los animales; el Árabe Kara Caleb compara los muertos á las arenas del mar, y despues los limita á cien millones. La llevó á Chipre el comercio, y los musulmanes, temiendo que en medio de aquella desolacion se rebelasen los esclavos, pensaban darles muerte á todos, cuando se dejó sentir un terrible temblor de tierra; los navíos fueron abismados, el que huía de la este era tragado por la tierra toda abierta; una fuerte tempestad arrastró innumerables caballos al mar, cuyos cadáveres vueltos á arrojar á las costas, concluyeron de infestar el aire, y una gran niebla cubrió enteramente la Grecia.

Muerte negra.

Desde allí pasó la peste á Italia, donde cortó preciosas vidas, pudriéndose las mieses sin cogérlas. Venecia perdió cien mil habitantes y Florencia otros tantos; en Pisa murieron de cada diez siete; en Siena 80,000 en cuatro meses y 40,000 en Génova; en Roma 160,000 y otros tantos en Nápoles, y 530,000 en todo el reino; en muchos pueblos no quedó mas que una décima parte de los habitantes; en Trápani ninguno. De Italia pasó á España y Francia, donde solo en Paris morian 500 al dia, y al año siguiente á Inglaterra, donde por espacio de nueve años se llevó 50,000 cada año; á Islandia que quedó despoblada; á Alemania y á Holanda, donde fué precedida de terribles terremotos y extraordinarias lluvias; decíase que habia perecido la tercera parte de Europa. Principiaba el mal por una fiebre violentísima, despues seguia el delirio, estupor, insensibilidad; poníanse lívidos la lengua y el paladar; el aliento se volvía fétido; en muchos se desarrollaba una violenta peripneumonía con hemorragias que concluían en un momento con la vida del enfermo, y manchas negras indicaban la gangrena. La mayor parte perecian en el mismo dia; si aparecian postemas en el cuerpo, el enfermo se salvaba, pero no se conocia ningun remedio en lo humano.

La desgraciada Alemania tenia tambien sobre sí una excomunion; de modo que á esta horrible muerte veían suceder una condenacion segura. El papa prodigó indulgencias á los que se dedicasen á curar á los enfermos. Un documento asegura que sucumbieron 124,434 frailes franciscos; pero se confundieron los excesos de devocion, de locura y de libertinaje: turbas de disciplinantes recorrian las ciudades y los campos, dándose golpes que hacian saltar la sangre y cantando salmos y letanías. Esta costumbre principió en Alemania; de Suabia vinieron á Espira doscientas personas, que colocadas en círculo alrededor de la iglesia, y desnudos de medio cuerpo arriba, se postraban uno despues

Los disciplinantes.